

SPIRIT ANIMAS

LIBRO 5

CONTRA LA MAREA



TUI T. SUTHERLAND

ASPIRIT ANIMALS™

LIBRO 5
CONTRA LA MAREA

Tui T. Sutherland



Primera edición: mayo de 2016

Textos: Tui T. Sutherland

Ilustración del mapa: Michael Walton

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz

Traducción y coordinación editorial: Xohana Bastida

Coordinación gráfica: Lara Peces

La publicación de este libro se ha negociado a través
de la agencia literaria Ute Körner, S.L.U., Barcelona.
www.uklitag.com

Todos los derechos reservados.

Publicado por acuerdo con Scholastic Inc.,

557 Broadway, Nueva York, NY 10012, EEUU.

SCHOLASTIC, SPIRIT ANIMALS y los logos asociados
son marcas y/o marcas registradas propiedad de Scholastic Inc.

© Scholastic Inc., 2014

© Ediciones SM, 2016

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8575-9

Depósito legal: M-9389-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Elliot y Jonah,
y para mi espíritu animal, Sunshine.*

T.S.



ERDAS





KOVO

Los habitantes de Stetriol lo llamaban la Roca Susurrante.

Sabían vagamente que se encontraba en las profundidades achicharradas y áridas del continente. Sabían del rumor que emitía, tan profundo y potente que hacía temblar la tierra en muchas millas a su alrededor.

Y conocían el nombre de la criatura oscura y siniestra que había aprisionada en ella.

Pero si algo sabían con seguridad, era que jamás debían acercarse allí si querían conservar la vida.

Por eso nadie visitaba la prisión de Kovo el Simio desde hacía siglos. Y aunque alguien hubiera querido hacerlo, no le habría resultado fácil: la Roca Susurrante estaba en medio del desierto de Stetriol, a muchas jornadas de cualquier lugar con agua. Sus costados caían a pico y carecían de asideros, como si un gigante los hubiera tallado con un solo golpe de un hacha gigantesca.

La parte superior del peñasco, golpeada por el sol, debía de sobrepasar los cien grados. Nadie se había molestado jamás en medir la temperatura exacta; bastaba con saber que cualquier pie o zarpa que la pisara sufriría graves quemaduras.

La jaula que remataba aquella roca parecía brotar de su superficie. Era una vasta red de ramas impenetrables y duras como el diamante, que emitían un cegador brillo blanco. Sus resplandecientes picos y aristas aún sugerían el contorno de la cornamenta que la Gran Bestia Tellun había plantado allí siglos atrás.

Y, por supuesto, sobre todo ello planeaba día y noche Hala-wir, montando guardia con su aguda vista de águila, sin perder jamás de vista a Kovo.

Así pues, no era de extrañar que la roca no recibiera visitantes. Nadie había ido allí en mucho, muchísimo tiempo.

Y esa era la causa de los susurros.

–Primero voy a desollarlos –masculló una voz tan profunda como un trueno en la lejanía–. Aplastaré sus cráneos con las manos. Envolveré sus huesos en sus capas verdes y quemaré sus casas. Sus fortalezas se reducirán a polvo bajo mis pies.

Los ojillos malévolos de un colosal gorila de espalda plateada brillaban por los resquicios de la jaula. Su espeso pelaje negro colgaba, lacio por el calor. Lo exiguo de la jaula no le dejaba moverse; así pues, la bestia aguardaba sentada, rumiando oscuros pensamientos desde hacía varias generaciones. A lo largo de su cautiverio, habían surgido y desaparecido dinastías e imperios. Pero aun así, Kovo esperaba.

Y mientras esperaba, soñaba con vengarse.

–Ya he matado a cuatro Grandes Bestias –murmuró–. Cuando sea libre de nuevo, castigaré a esos insolentes capas verdes que las apoyan. Destrozaré sus espíritus animales y luego terminaré con esos débiles humanos. A algunos los estrangularé lentamente; a otros los ahogaré, y a los que queden los aplastaré bajo mis pies –farfulló con rabia, frotando la cornamenta que lo aprisionaba con la correosa palma de su mano.

De pronto, en el aire ardiente del desierto resonó el chillido estridente de un ave de presa.

–El día se acerca... Esos inútiles humanos... Si estuviera libre, ya habría reunido todos los talismanes. Reinaría sobre este mundo y la humanidad se postraría ante mí.

Empujó un costado de la jaula con el hombro, y sus colosales músculos ondularon bajo el pelaje.

–Mi momento ya está cerca; pronto llegarán a buscarme –masculló, guiñando los ojos para escudriñar el panorama desértico que le permitían ver los barrotes–. Gerathon se liberó hace semanas. Humanos... Qué seres tan lentos y despreciables. Tal vez pruebe a arrancarles los dedos uno a uno.

Levantó la cabeza, y su enorme nariz tembló al olfatear el aire. Por su rostro se extendió una sonrisa lenta y taimada.

–Gerathon –gruñó–. Al fin.

–Comprendo que estés impaciente por derramar la sangre de tus enemigos –dijo una voz a su espalda–. Pero después de los siglos que has esperado, ¿qué importan uno o dos meses más?

–Esperaré lo que haga falta para que mis planes den fruto –repuso Kovo–. Avanza hasta un lugar donde pueda verte.

Un muchacho de pelo castaño caminó lentamente hasta entrar en el campo visual de Kovo y se detuvo ante la jaula, a escasos centímetros del abismo. Era menudo y flaco, apenas lo bastante mayor para haber bebido la Hiel, y su piel estaba terriblemente quemada por el sol. En sus hombros se veían desgarrones largos y sanguinolentos, pero parecían importarle tan poco como el humo que brotaba de las suelas de sus botas. Aunque tal vez aquella indiferencia tuviera que ver con lo que habitaba en su interior: una presencia cuyos amarillos ojos de serpiente observaban el entorno con pupilas dilatadas.

–Has elegido una criatura muy pequeña, para tus costumbres –gruñó Kovo–. Parece más tu merienda que tu mensajero.

El gorila levantó la mirada, pero no había rastro de Hala-wir. Aquello sí que era una coincidencia afortunada: su eterna guardiana se había alejado justo a tiempo para perderse a su visitante.

–Ah, no te preocupes; ya me lo comeré más tarde –replicó el chico con una voz que, aunque no era exactamente la de Gerathon, resonaba con el inquietante silbido de la Gran Bestia–. Cuánto tiempo sin vernos... ¿A qué te has dedicado?

–Muy divertido –gruñó Kovo, y sus ojillos negros brillaron bajo su ceño imponente–. ¿Has venido aquí para jactarte de tu libertad?

–No –respondió Gerathon en un tono que, para ella, era casi compasivo–. He venido para contarte nuestros avances. Los Conquistadores acaban de arrebatarnos el Oso Polar de Cristal a esos mequetrefes de los capas verdes. De paso, me divertí haciendo sufrir a uno de ellos que es hijo de una criatura mía. La cara que puso el mocoso cuando su propia madre trató de matarlo... Fue delicioso.

–Estupendo –farfulló Kovo–. No me importa que me dejes aquí encerrado unos cuantos siglos más, siempre y cuando tú disfrutes.

–Pronto te llegará el momento de disfrutar a ti también –replicó Gerathon, haciendo bostezar al muchacho y tapando su boca con una mano–. Ya casi tenemos los talismanes suficientes para liberarte.

–Eso es... casi lo que quería oírte decir –repuso Kovo con un brillo amenazante en la mirada.

–Confía en mí –dijo Gerathon con aire lánguido–. Nuestra gente tiene maneras de enterarse de todo lo que hacen los capas verdes, y sabemos exactamente qué se proponen los Cuatro Caídos. Siempre lo hemos sabido... Nos haremos con el siguiente talismán, y luego los destruiremos.

–Yo solo sé que no los habéis destruido aún –señaló Kovo–. ¿Te importaría explicarme por qué siguen con vida?

Gerathon movió la mano del muchacho en un ademán desdenoso.

–Porque aún son útiles. Para mí, para ti, para nuestro Rey Reptil. Pero no sufras: pronto terminaremos con ellos.

De pronto, el chico dejó escapar un grito de dolor y cayó hasta quedar a gatas. En su piel estaban brotando decenas de ampollas.

–Ah, maldición –siseó Gerathon, en una voz extrañamente calmada para surgir de aquel rostro contraído por el dolor–. Mi pequeño disfraz no va a durar mucho más... Quizá debería llamar a su buitre para que se lo lleve.

–Ajá –asintió Kovo–. De modo que así es como has llegado aquí.

–En efecto. Elegimos el humano más menudo que encontramos y lo ligamos con la Hiel a un ave gigante.

Kovo entrecerró los ojos para mirar el cielo y vio unas enormes alas que planeaban sobre él. Por una vez, no eran las de Halawir.

El muchacho se derrumbó de bruces, y un hedor a pelo quemado se extendió por el aire.

–Vaya –suspiró Gerathon–. Este ya está casi muerto. Qué chico tan aburrido. En fin, supongo que tendremos que despedirnos por ahora, Kovo.

–Espera –le exigió el gorila aferrando los barrotes de la jaula–. ¿Cuánto tiempo más voy a pasar aquí encerrado?

–La próxima vez que nos veamos –repuso la serpiente, con voz cada vez más débil a medida que los ojos del muchacho se cerraban y la vida abandonaba su cuerpo–, los dos seremos libres. Y entonces... toda Erdas será nuestra.